

LA CONVERGENCIA CIVICO-MILITAR

Los sucesos políticos de la Argentina no siguen una lógica que pueda encerrarse en falsas contradicciones como “izquierda vs. Derecha”. Un ejemplo claro es el del Partido Comunista.

A partir del golpe de Estado de marzo de 1976 el **Partido Comunista Argentino (PCA)** impulsó la política de “convergencia cívico-militar”, una coalición amplia para frenar el avance del “fascismo” o “pinochetismo” dentro de la Junta Militar.

Para el Partido Comunista no había una dictadura, sino un proceso donde se enfrentaban dos tendencias, los “moderados” como Videla o Viola y los “pinochetistas” o “fascistas” que pretendían imponer un baño de sangre. Si bien esas diferencias políticas existían dentro de las FF.AA., no era para nada lo que caracterizaba el enfrentamiento de ese momento.

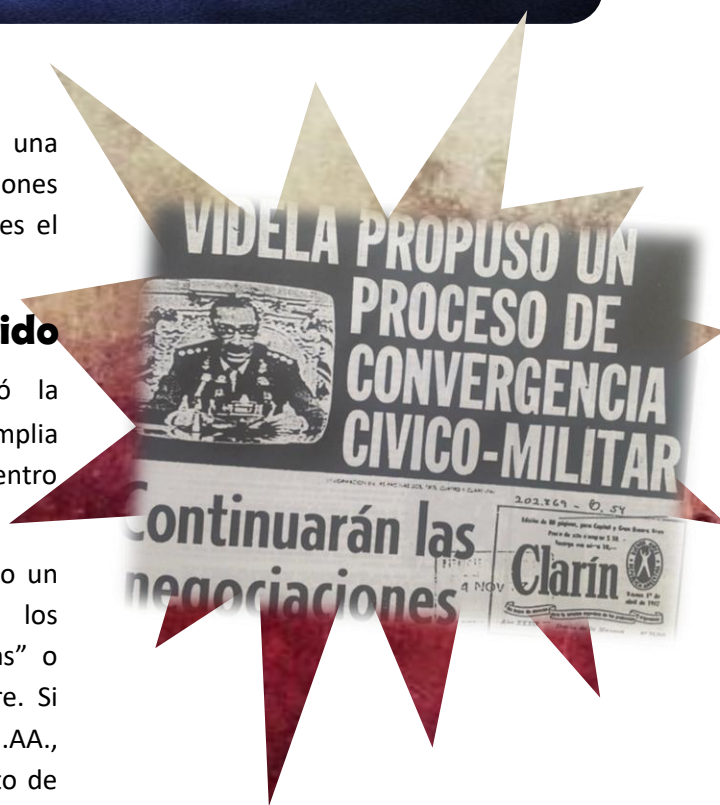
En 1975, para el PC, la “convergencia cívico-militar” significó luchar por la construcción de un frente nacional tan amplio como para evitar un golpe de características “pinochetistas”. Luego del golpe del 24 de marzo de 1976, consideraron que los “moderados” habían ganado la pulseada y, en forma general, la situación había sido mejorada porque se ponía fin al caos. La convergencia cívico-militar siguió siendo, para ellos, una herramienta fundamental para cercar a la ultraderecha.

Por supuesto que se negaba tajantemente la posibilidad de un desenlace revolucionario a la crisis política y concentraron sus esfuerzos en la defensa del “orden constitucional”, aunque este fuera conducido por la extrema derecha peronista.

Coherentemente con esto enfrentaron duramente a las fracciones más radicalizadas de la oposición, ya que los consideraban una excusa para los golpistas.

Se abocaron, de lleno a la tarea de la convergencia y el dialogo con los militares, lo cual fue asumido por la militancia comunista sin dilemas morales o ideológicos.

Al producirse el golpe en 1976 la conducción del Partido consideró que no se abría una etapa diferente, que en cambio había triunfado el sector “moderado” entre los golpistas y, por lo tanto, la lucha por la convergencia cívico-militar continuaba vigente. Esto generó cierto desconcierto entre los militantes que verificaban y sufrían otra realidad y consideraban la línea política una quimera que no tenía nada que ver con su realidad.



El PCA analizaba la dictadura como un fenómeno de cúspide y sus dirigentes se esforzaban, muchas veces más allá de la prudencia, para que dicho análisis encajara con la situación cotidiana de cada lugar. Cuando la represión se obstinaba en mostrar los límites de la línea y los militantes reflejaban esa realidad, los emisarios del Comité Central (conducción del PC) en todo el país solían reducir la información a “falencias en la comprensión de la línea”, “sectarismos” o “prejuicios antimilitaristas” y por esa vía evitaban la posibilidad de generar una instancia verdadera de debate.

Sin embargo, ni antes ni después, la incomodidad con la línea se transformó en fuente de explosiones internas. Por el contrario, la mayoría de la militancia, con algunas excepciones, se disciplinó a los mandatos partidarios, obedeció reglas y reprodujo la política tal cual era transmitida en los informes centrales. Es evidente que el clima de suspensión política y represión cancelaba toda posibilidad de debate y libre expresión. Para los militantes de base el acceso a la información se limitaba a su entorno inmediato y por tanto dependían de los informes que proveía el Comité Central. Pero en el PCA la educación en torno a la infalibilidad de los dirigentes era un elemento constitutivo de sus prácticas, y de no insistir suficientemente en este elemento no puede comprenderse cómo la mayoría de los militantes continuaron siendo fieles reproductores de la política del partido. Al menos fue así sobre el final de la dictadura.

